

***IEP* - Instituto de Estudios Peruanos**

**Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones
de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú**

PURA LITERATURA. LA POLÍTICA COMO REPRESENTACION*
MORGAN QUERO

Módulo: Aproximaciones teóricas: Ciudadanía

Sesión 9 Lectura N° 3

Lima, setiembre de 2002

* En: Metapolítica N° 21. México, Enero-Febrero 2002.
(<http://www.metapolitica.com.mx/prueba/vimpresa/pdf/doss-puralit.pdf>)

PURA LITERATURA. LA POLÍTICA COMO REPRESENTACIÓN

*Morgan Quero**

¿Qué es lo ausente? ¿Por qué es necesario dar forma a la ausencia, nombrarla, hacerla visible, en una palabra, habitarla? Ante el vértigo que suscita toda aporía filosófica, el reto lúdico es, para Morgan Quero, desentrañar algunos de los montajes de papel que terminan pegados al corazón del deseo, a la carne de la idea.

defficit, quod figurat
Pierre Lombard (siglo XII).

No es muy difícil concluir, con Joseph Conrad, que “llega un momento en que el mundo no es más que un lugar donde hay muchas palabras, y el hombre parece un simple animal parlante, no mucho más admirable que el loro”. [a] Ante la multiplicación de imágenes publicitarias, la proliferación de discursos morales edificantes, la autonomización de las esferas de la vida activa y la banalización de la libertad individual para alcanzar la salvación, la cuestión de la representación parece un asunto démodé. Reducida a un estéril ejercicio teórico sólo apto para historiadores del arte, viejos teólogos o posmodernos filósofos; la representación concita sospechas por su irrealidad, su carácter vago y disociado, aparentemente, del pensamiento concreto, factual o cuantitativo.

El canon dominante en el estudio actual de la política no escapa a estos prejuicios generalizados, obviando su ligadura con la representación.

Por eso, parece útil una mínima definición: “Representar es hacer presente lo ausente. Colocar, frente a los ojos o el espíritu de alguien, ese objeto o concepto ausente por medio de una figura, una imagen o un signo. Y en política de lo que se trata es de representar el poder. De darle un lugar ante la sociedad para conferirle eficiencia en la acción, pero también de acotarlo para evitar su concentración”. [1] Pero de la reflexión metapolítica surge una inquietud mayor: ¿Qué es esa ausencia? ¿Por qué es necesario darle una forma, nombrarla, hacerla visible; en una palabra, habitarla? ¿Y, por qué, inmediatamente después de haber construido la representación de aquello que falta, se puede comprender que lo único que la justifica, o la sostiene, es nada? Ante el vértigo que suscita toda aporía filosófica, el reto lúdico es desentrañar algunos de los montajes de papel ¡qué digo! de retazos de cielo, que terminan pegados al corazón del deseo, a la carne de la idea.

Aunque la representación como concepto trasciende las disciplinas; de hecho podemos encontrarla en las matemáticas y la medicina, la astronomía y la arquitectura, la pintura y la historia; vamos a tratar de acercarnos a su complejidad y a su vínculo estructurante con la política, desde la literatura. Porque la representación es constitutiva de lo político, como lo son también el conflicto y el poder, en la literatura podemos encontrar algunos ejemplos que nos permitan entender lo que está en juego para la vida de nuestras desmemoriadas sociedades. El misterio de la representación política nos invita a convertirnos en intérpretes de un sentido común basado en el respeto a la diversidad de las formas culturales, comprendiendo que la huella civilizatoria de Occidente ha dejado su marca indeleble sobre esta razón, pero también, por qué no, sobre la duda que desde dentro la socava. Por eso, iremos avanzando por un territorio poblado de imágenes y metáforas que nos ayudarán a comprender la política como representación, en cuatro tiempos. De la mediación fantástica a la visión del poeta, de la política simbólica a la memoria del tercio,

trataremos de mostrar aquello que desde la literatura nos notifica, imperativamente, que no hay política sin representación.

LA MEDIACIÓN FANTÁSTICA

¡Dibújame un cordero!
Saint-Exupéry, *El Principito*.

En un célebre texto para niños que hace figura de obra iniciática para todo lector, un aviador caído del cielo y perdido en medio del desierto es despertado por una vocecita enigmática salida de no se sabe bien dónde pidiéndole que, por favor, le dibuje un cordero. El aviador descubre a un niño, un hombrecito, al que llamará, cariñosamente, “el Principito”. Después de varios intentos por representar un cordero lo más fiel a la realidad, rechazados todos por razones subjetivas y absurdas, el aviador, ansioso ya, garabatea una pequeña caja rectangular con tres hoyitos al costado y le dice: —“El cordero que tú quieres está adentro”. Para su sorpresa, el Principito le responde: —“¡Exactamente lo que quería!”. [2]

Este inicio, ya clásico, nos coloca, como una evidencia, ante la paradoja de la representación. Hoy en día, la deriva de los signos y la supuesta crisis de representación de los sistemas político-institucionales nos induce a interpretar la relación representado-representante, cada vez más, como mandato imperativo. Por un lado, bajo la presión de las reformas administrativas que privilegian la eficiencia y la productividad en los modelos de gestión pública; el Estado, dinamitado desde dentro por el discurso de la “transparencia” y la “rendición de cuentas”, útil a los gobiernos en busca de la legitimidad siempre anhelada, parece adoptar cada vez más el lenguaje del management. Por otro lado, bajo la presión de la sociedad civil, la opinión pública y el derecho a la diferencia, se exigen crecientes niveles de “autonomía” partiendo de la necesidad de reconocimiento expresada por los distintos mundos que componen el edificio estatal.

El relevo simbólico que constituye el Estado, todo Estado, parece diluirse ante la presión de la fragmentación del cuerpo social. Pero esta fragmentación parece querer superarse, olvidando la necesidad de una mediación constante entre la palabra y la cosa, el significante y el signo. La crisis se resolvería anulando el ejercicio de construcción mental, siempre indirecto y metafórico que es necesario realizar para llegar a la cohesión entre la idea y el gesto, entre el deseo y la realidad. El Estado estaría hoy ante el reto de redefinir los límites que separan y articulan la relación a los gobernantes de los gobernados, al mercado de la sociedad y a la sociedad del ciudadano. En el fondo, nadie quiere aceptar, como el Principito, la caja simbólica que le es ofrecida como relevo del cordero, ante la imposibilidad de re-presentarlo-dibujarlo tal como es. En el fondo, todos piden a gritos: ¡quiero el cordero de verdad! Y muy pocos están dispuestos a aceptar la distancia, la separación, gracias a la representación, entre su deseo y el poder. El Principito nos recuerda la razón de su aceptación: “es que mi casa es muy pequeña”. Mientras tanto, proliferan el simulacro y la simulación, se banalizan las religiones, se folklorizan las culturas, lo virtual nos invita a disfrutar en directo del vacío, con mando a distancia incluido. No hay nostalgia en estas palabras. Al querer abolir la mediación fantástica, este regalo envenenado actualiza la confusión entre representación y expresión.

En política, la representación es separación entre representante y representado. El representante abarca más que sus representados directos, sus mismos electores. Representa una ficción política: la Nación. Una noción jurídica: la soberanía. Una frontera física: el territorio. El representante es como Jano. Dos rostros, uno hacia lo concreto, el ciudadano-elector, y el otro hacia lo abstracto, la entidad-totalidad que gobierna. Por un lado, el lenguaje de lo particular y, por el otro, el de lo universal. Esta dualidad no es ambigüedad. Es, al contrario, profundidad y complejidad.

Distinta es la expresión. La expresión es —auto-. Autogestionaria, auto-organizada, autónoma, autosuficiente. Directa, espontánea, sin necesidad de intermediario con lo universal. La expresión viene a compensar las carencias de la representación, su frialdad y su abstracción. Aquí el

microcosmos expresa la totalidad del macrocosmos. El pequeño objeto vale por el grande. La separación temporal incluida en la representación se diluye. Las jerarquías del modelo expresivo están entrelazadas, ascendientes y descendientes, como en los dibujos del pintor holandés Escher. Cada elemento es al mismo tiempo superior y subordinado a los otros.

La democracia contemporánea, nuevo discurso dogmático desde donde nos toca enfrentar la cuestión del poder y la reproducción de la vida en sociedad, está ante la necesidad de incorporar plenamente esta tensión en un mismo referente. Como un arco simbólico que permita reunir la doble exigencia de nuestras ultramodernas sociedades: representación y expresión.

Pero si la democracia se puede construir como un arco simbólico, será sólo a partir de una comunidad de sentido —comunidad de planos superpuestos— basada en una memoria común y salvaguardada por el sistema institucional que tiene como obligación transmitirla constantemente. Esta comunidad de sentido está estructurada por dos ejes. Uno, horizontal, que relaciona a las gentes entre sí a través de un juego de reciprocidad que articula niveles de jerarquías. Y otro, vertical, que nos conecta con el mito, la creencia y el ritual que hacen posible el intercambio social. El cruce de estos dos ejes nos da la matriz simbólica de la organización humana.

Es lo que Alicia, hermana mayor del Principito, nos revelaba a través de un juego de niños inventado-vivido, qué más da, por Lewis Carroll:

La idea del espejo le vino un día que había dado a Alicia una naranja preguntándole (frente al espejo) en qué mano la tenía. —En mi mano derecha, respondió Alicia. —Mira ahora la niña del espejo y dime ¿en qué mano tiene su naranja? —En su mano izquierda. —¿Y cómo explicas esto? Ella reflexionó un instante y respondió: —Si yo pudiese pasar del otro lado del espejo, ¿no tendría acaso siempre la naranja en mi mano derecha?

LA VISIÓN DEL POETA

¿Qué clase de dios sois vos que sufrís más
de las penas mortales que vuestros adoradores?
Shakespeare, *Enrique V.*

En uno de sus más cortos y misteriosos cuentos, “El espejo y la máscara”,^[3] Borges nos ofrece un dulce enigma. Poniendo en escena a un rey y un poeta, nos coloca ante el dilema de la relación entre literatura y política. Para conmemorar la victoria el rey le da un año al poeta para que prepare la loa. Éste acepta y cumplido el plazo, recita su obra ante el beneplácito del rey que le regala un espejo de plata, pero le pide que regrese nuevamente dentro de un año con una obra todavía más perfecta. Vuelve entonces el poeta a la corte y lee su loa, más corta, pero más impactante: “No era la descripción de la batalla, era la batalla”. Por esto recibe una máscara de oro y los elogios del rey quien lo convoca nuevamente. Al tercer aniversario, el poeta parece “haberse quedado ciego”, casi sin valor para decir su texto. Acercándose al oído del rey, “el poeta dijo el poema. Era una sola línea”. Ahora, el secreto que comparten los dos parece ser el de la Belleza, “un don vedado a los hombres” según lo dice el rey antes de entregarle al poeta una daga, su tercer y último regalo. El poeta se quitará la vida y el rey abandonará el trono convirtiéndose en un mendigo, sin repetir el texto secreto.

De nuevo, en éste ejemplo borgiano hay algo incomunicable que se despliega en toda su majestuosidad y misterio. Aquí, la representación literaria de la batalla parece querer mostrarnos algo más que no nos puede ser revelado. El hiato de la representación nos recuerda que teniendo al alcance el lenguaje, hay cosas que no pueden ser dichas y por eso deben ser mantenidas en secreto. Borges, conocedor de la cábala y los simbolismos de los místicos sabe que lo más importante no es el secreto sino el relato que nos permite acceder a la comprensión de aquello que no puede ser repetido, que no puede ser dicho, que no puede ser alcanzado.

Aquello que aparece como incomunicable, la irreductible esencia del suceso, del objeto, del ser, sólo puede ser representado y, a pesar de todo, sin éxito. La representación permite civilizar el recóndito deseo humano por adueñarse de la verdad como si él mismo fuera Dios. Así, la representación que permite humanizar la revelación se plantea como una necesidad, como un imperativo para habitar el mundo. Eso haría decir a Borges, con infinita ironía: “Seremos buenos amigos de la verdad, pero más de Platón”.^[4] Por eso, la belleza, asociada al bien, como atributos máximos de la comprensión de la vida en la filosofía política de Platón, es retomada por Borges en su propia interpretación del misterio. Hay que imaginar que la representación, que nos permite comprender el absoluto, sólo puede expresarse a través de la belleza, como atributo fundacional del bien.

El enigma es algo que no puede ser dicho. *Ainissomai* en griego significa también hablar de forma oscura. Podemos preguntarnos, siguiendo el cuento de Borges: ¿Cómo una palabra dicha, puede proponerse, así, para ser vista? El enigma se presenta con máscara para reflejarse en el espejo. Los dos regalos previos del rey al poeta en su camino a la muerte. Creemos que el espejo refleja nuestro rostro, pero en el fondo nos permite comprender la dualidad y la distancia obligada para con nosotros mismos. ¿Qué refleja el espejo? La máscara,^[5] no el rostro. El espejo nos depara sucesión y olvido y la máscara nos permite acceder a la escena de la representación del poder; agreguemos, del poder absoluto. Porque la máscara protege y el espejo alivia es que el poeta, en su función prometeica, va demasiado lejos.

Como en Edipo, cuya fábula recoge el cuento de Borges, se trata de desamarrar aquello que nos enlaza y nos ahoga. Literalmente esfinge significa amarrar, estrechar, enlazar. Y al resolver el enigma planteado por la esfinge y liberar a Tebas, Edipo arregla cuentas con la verdad. La respuesta: el hombre, nos remite a la condición humana, liberándonos de ese nudo que nos ahogaba. Pero esta liberación nos recuerda que la relación con el enigma es una relación con el poder. Este último conlleva aquello que no se puede nombrar pero que accede al discurso a través de una representación del enigma. En sí, la condición humana, lleva implícita esta pregunta con la que cada generación debe cargar a cuestas, sobre la forma en que construye y distribuye el poder en toda sociedad. Imitando a Edipo, el poeta y el rey del cuento de Borges, como dos caras de la misma moneda, resuelven simbólicamente, arquetípicamente, aquello que nos transmiten: el uno quitándose la vida, el otro, convirtiéndose en mendigo y abandonando su trono.

La inquietud ante la pérdida del poder, la abdicación al trono, el retiro voluntario, el magnicidio o el suicidio del gobernante parecen asuntos disímiles, desligados entre sí. La confusión reinante en torno a los regímenes políticos, las distintas formas de gobierno y la multitud de sistemas políticos que se producen en el mundo parece esconder aquello que comparten las culturas para producir poder. He aquí que puede ser útil, para comprender la idea de la naturaleza germinal del poder político, releer el clásico texto “Los dos cuerpos del rey” de Kantorowicz.^[6] Simplemente, el capítulo II, titulado Shakespeare: el rey Ricardo II, plantea la problemática a la que está sometida la figura real ante la endeble naturaleza humana.

El drama de Ricardo II, refleja la condición trágica de un rey que se ve derrotado por pasiones personales y sociales que su poder no logrará nunca dominar. En el fondo, la situación de crisis inherente a la obra es la que revela la fatuidad del poder en representación que emana del rey. Pero al hacerlo explica los sutiles mecanismos por los cuales se construye la dualidad sobre la que se asienta el poder político. Tentado el rey entre su personaje y su persona, Shakespeare va develándonos la tradición sobre la que va tejiendo su tragedia. La figura real se ve humanizada por los sentimientos y meditaciones de la persona, despojándose-despojando de sus atributos de poderío político, convirtiendo en patética cada línea de sus diálogos. Pero lo patético viene de que en su final la persona detrás de la que está el rey, parece adquirir acentos de una nobleza y una profundidad dignos del mayor de los poderes: “Mirad ahora cómo me deshago a mí mismo”.

Pero este construirse y deshacerse a través del cargo de representación que ostenta la persona deja huellas indelebles en el cuerpo del sujeto. Así como las culturas antiguas marcaban con tatuajes y pinturas los cuerpos de los guerreros y los gobernantes, así también el Occidente cristiano construyó esta máxima escolástica destinada al emperador y el papa como atributo del poder: “*omnia iura habet in scrinio pectoris sui*” o —tiene todos los derechos en el archivo de su

pecho.[7] También el camino se da a la inversa y el cuerpo humano del rey puede, una vez muerto, convertirse en reliquia, en símbolo de la realeza del cargo, alcanzando incluso a sus objetos personales. De allí al culto a la personalidad en las sociedades autoritarias, o totalitarias, que hemos conocido en el siglo XX, no hay más que un paso.

De este modo, a través de la humanización trágica de la naturaleza superior y divina del Rey, se pone al poder en escena. En otras palabras, se le normaliza, acotándolo, gracias a la impecable astucia de la representación. De la Antigüedad clásica emergen dos remembranzas, señaladas por Francis Bacon, retomadas por Kantorowicz en su texto como imperativos antropológicos: "memento quod es homo y memento quod es Deus, o vice Dei".[8] Al colocar frente a frente los dos cuerpos del rey, el divino y el humano, el mortal y el inmortal, se cobra conciencia del sentido simbólico del poder ya que ambos coinciden, temporalmente, en la misma figura real. En el cuento de Borges, el rey y el poeta, acceden a la más alta gloria y luego deciden morir o retirarse. Ricardo II, descubre que su poder descansa sobre nada y su historia es la historia de una larga caída. A falta de imaginarlos felices, hay que recordarlos con felicidad.

LA POLÍTICA SIMBÓLICA

Fragmenta cologite ne pereent
Adagio Romano.

En algún lugar que ya no recuerdo Fernand Braudel escribió: "Toda sociedad está dividida y vive de serlo". Es bueno tomar nota de que hoy, el parloteo normalizador de la paz y la armonía, la recuperación de valores y los discursos bien pensantes que apelan a la ética como si fuera una nueva marca de ropa, parecen espantarse ante esta evidencia. Entre reunión y dispersión, entre armonía y crisis emerge como concepto esencial el símbolo. La literatura y el arte lo han sabido utilizar para sus propósitos de representación de la realidad. La dificultad de la relación entre representación y realidad radica en los juegos filosóficos entre verdad y mentira. La ficción, como sustituto y complemento de lo concreto, nos permite acceder a otras dimensiones de la realidad.

Privilegiando las percepciones del individuo, sus sentimientos e ideas, su relación con los otros a través del lenguaje, nos encontramos con un cuadro más completo frente al sentido social del símbolo. Etimológicamente, el símbolo es el pedazo de un objeto compartido entre dos personas que les sirve para reconocerse entre ellas.[9] Los antiguos griegos lo utilizaban como "pasaporte" para entrar y salir de la ciudad partiendo en dos un pequeño disco que se tenía que presentar al regreso, después del viaje. Lo simbólico entonces es aquello que permite reunir a las partes separadas del todo. Pero también es aquello que permite humanizar la vida del sujeto. En la antigua Grecia no había vida verdadera fuera de la polis, por eso es necesario el regreso, a pesar de la partida. Es a través de esta reunificación que adquiere sentido la existencia en sociedad.

Para nuestro propósito, quisiéramos remontarnos a un texto fundacional: la Primera Epístola de San Pablo a los Corintios en el Nuevo Testamento. Como primer organizador de la Iglesia, a la que teoriza como el cuerpo, al mismo tiempo, visible e invisible de Cristo, San Pablo recuerda a los Corintios el misterio de la Eucaristía a través de la cual la totalidad de los creyentes se une al cuerpo de Cristo al consumir el pan y el vino. Así, la comunidad del Espíritu (divinizada por la encarnación) se inventa en esta reunión de los cuerpos para convertirse en uno sólo: "Por que de la manera que el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, empero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un cuerpo, así también Cristo".[10] Esta concepción permite a San Pablo dotar a la Iglesia de su universalidad institucional y construir una imagen de complementariedad entre las partes que la componen: "Por que un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo, hora judíos o griegos, hora siervos o libres; y todos hemos bebido de un mismo espíritu".[11] De ésta metáfora organicista, se infiere una jerarquía, una división de funciones y roles que se completan por necesidad; una separación y, al mismo tiempo, una reunión de los fragmentos que la componen: "Pues ni tampoco el cuerpo es un miembro, sino muchos".[12] Con un objetivo: la armonía a través del amor fraterno.

* Investigador del CRIM-UNAM y miembro del Consejo Editorial de Metapolítica.

[a] J. Conrad, *Bajo la mirada de Occidente*, Madrid, Alianza, 1994, p. 13.

[1] M. Quero, "Representación política", en L. Baca, J. Bokser et al., *Léxico de la política*, México, FCE/FLACSO, 2001, p. 643.

[2] A. de Saint-Exupéry, *El Principito*, con ilustraciones del autor, México, Palabra Ediciones.

[3] J.L. Borges, *El libro de arena*, México, Alianza, 1996.

[4] J.L. Borges y A. Bioy Casares, *Crónicas de Bustos Domecq*, Buenos Aires, Losada, 1998.

[5] Recordemos, literalmente, que persona en latín designa la máscara del actor.

[6] E.H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, Alianza, 1985. El texto fue publicado inicialmente en 1957 por Princeton University Press y aparentemente no ha sido reeditado en español, debido a su poca difusión. Aunque el tratado es el de un historiador del poder y del derecho, aparentemente acotado al medioevo y la monarquía, tiene un indudable alcance para la reflexión política de nuestro tiempo.

[7] P. Legendre, *Le désir politique de Dieu. Etude sur les montages de l'Etat et du Droit*, París, Fayard, 1988, p. 223.

[8] El memento se lo susurraba al oído al nuevo emperador, un esclavo que sostenía la corona sobre su cabeza. *Ibid.*, pp. 462-463.

[9] Etimológicamente, *symballein* gr. o *symbolum* lat., símbolo es un objeto cortado en dos, cuyas partes, reunidas tras una búsqueda, permiten reconocerse a quienes lo poseen (y quienes estaban separados). Además el símbolo da en sí mismo lo que designa, a diferencia de los signos convencionales. La ruptura que afecta al símbolo es señal de una tragedia (esta llama a la acción simbólica para dejar de serlo). Hay que agregar que los símbolos se encuentran asociados a las imágenes arquetípicas. J. Vidal, "El símbolo", en cardenal P. Poupard, *Diccionario de las religiones*, Barcelona, Herder, 1987, pp. 1654-1660.

[10] 1 Co., 12. 12.

[11] 1 Co., 12. 13.

[12] Para un desarrollo profundo de los textos de Pablo se puede consultar S. Vidal, *Las cartas originales de Pablo*, Madrid, Trota, 1996.